

Un Teseo moderno

Fabienne Bradu

Si la *Vida de Fray Servando* le valió la admiración unánime de los lectores, además del reconocimiento de sus pares a través del Premio Xavier Villaurrutia 2004, la biografía de Octavio Paz acarreará, sin duda, opiniones más divididas. No por el talento del biógrafo que no deja de afianzarse y afinarse al filo de sus publicaciones, sino por el personaje mismo que aún despierta algunos escozores en nuestra estrecha y maltrecha república de las letras.

No me cansaré de subrayar el coraje y la honestidad de Christopher Domínguez en esta empresa pionera, pues, al igual que Jean-Paul Sartre en su momento, Octavio Paz fue castigado por un largo silencio biográfico durante más de diez años después de su muerte, como si nadie se atreviera a hincarle el diente a una vida tan colmada de dones y desdichas. Tampoco me cansaré de destacar la elegancia de la pluma del biógrafo, a pesar de la prisa y la presión que pesaron sobre los meses finales de la redacción de *Octavio Paz en su siglo* y que provocó, extrañamente, que el libro saliera primero en su versión francesa en la editorial Gallimard. En la presentación que se hizo en París, a principios de noviembre de 2014, encabezada por el pensador principesco Marc Fumaroli, se barajaron los pros y los contras de la cercanía de Christopher Domínguez con Octavio Paz para llevar a cabo la reconstrucción de su vida. En rigor, no hay regla ni receta al respecto, ni existe garantía alguna que indique la distancia ideal entre un biógrafo y su biografiado. En *La verdadera vida de Sebastian Knight*, Nabokov se burla de quien pretenda detentar la barra que mide los exactos metros que deben separar las dos partes en juego. Por lo demás, en su preámbulo, Christopher Domínguez se muestra más consciente de los escollos de la proximidad que de las ventajas de su conocimiento de primera mano del personaje. Hasta el punto de casi implorar que su biografía no sea la única, ni la definitiva, como si le aliviara pasar el relevo de la memoria a las siguientes generaciones. También se muestra consciente de que lleva la voz cantante de un coro,

cuyos miembros cantaron aisladamente sus partes antes que él llegara a reunirlos y a ejecutar su propia interpretación en el concierto.

La pertinencia de la biografía se advierte desde el título: *Octavio Paz en su siglo*, en lugar del común Octavio Paz y su siglo. En efecto, rara vez un artista coincide tan exactamente con un siglo como le sucedió a Octavio Paz con el xx, pero, como lo recuerda uno de los padres de la biografía moderna, el irresistible Lytton Strachey, “los seres humanos son demasiado importantes para tratarlos como meros síntomas del pasado”. Por lo tanto, habría sido un error pretender, a través de la vida de Octavio Paz, reconstruir las turbulencias y las escasas bondades del siglo xx. No obstante, el siglo desfila casi por entero en el mundo que habitó Octavio Paz, a lo largo y lo ancho de la geografía y de varias tradiciones culturales. Así, inscribir la coincidencia desde el título denota, a un tiempo, la envergadura del personaje y la visión que sobre él arroja el biógrafo. Puesto que una biografía es tanto el retrato del biografiado como el del biógrafo, hay que decirlo claramente: Christopher Domínguez es un obseso de la Historia y, en particular, de la historia de las ideas que movieron al pasado en casi todos los ámbitos de la vida humana. Por eso, tiende a anteponer al poeta el pensador que fue, a su juicio, Octavio Paz en la suma ensayística de su obra, la cual, es verdad, no constituye la parte menor de los quince volúmenes de sus *Obras completas*. Este es el punto de vista que más discutiría al enfoque dado por Christopher Domínguez al análisis de la vida y la obra de Octavio Paz. Para mí, Octavio Paz fue antes que nada un poeta, que nunca dejó de explorar la historia y la humanidad desde la poesía. Esta manera tan suya y tan única de ver el mundo era precisamente lo que lo distinguía de un historiador o un analista político, con los que a ratos se confundía para mejor rebatir las visiones de los profesionales en estas materias.

Pero la de Christopher Domínguez no es únicamente una biografía intelectual. Es una biografía a secas,

como debe serlo cualquier biografía que se respete, independientemente de las dificultades para acceder a ciertos documentos que todavía Marie-José Paz no se ha decidido a hacer públicos. Pese a pertenecer al círculo estrecho de Octavio Paz, Christopher Domínguez no se ha rehusado a tomar en cuenta las fuentes provenientes de Elena Garro y de su hija Helena Paz Garro, despojándolas del olor a azufre con el que muchos las adornan para supuestamente defenderlas del “malvado” poeta. Divergentes versiones (y diversiones) surgen, por ejemplo, de la confrontación entre los relatos de los ex esposos acerca del viaje al Congreso Antifascista de Valencia, en 1937.

Dos aspectos en la vida de Octavio Paz serán, sin duda, los más discutidos a raíz de esta biografía. Me refiero a su colaboración con la empresa Televisa y su simpatía por Carlos Salinas de Gortari cuando este ocupaba la presidencia de la República. Acerca del primer tema, me parece que Octavio Paz vio en la televisión un medio para difundir otros contenidos que las sandeces que suelen recetarnos los canales nacionales. La precisión no va a modo de disculpa por una decisión que, por lo demás, no me parece un pecado, sino a modo de explicación de las razones que lo llevaron a explotar este medio de comunicación, hasta entonces anatemizado por la intelectualidad mexicana. Sobre su simpatía por el presidente Carlos Salinas de Gortari, creo que no era el único en sentirla cuando todavía se desconocían las fechorías del político. La fuerza moral de un intelectual como Octavio Paz no reside únicamente en la capacidad de decir “No” al poder, sino también en su derecho de decir “Sí” cuando estima que la afirmación es legítima. Nunca lo movió el interés personal, pues, después de la renuncia a su cargo de embajador en la India a raíz de la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco, no volvió a aceptar un cargo público para conservar la distancia necesaria que le permitiera ejercer libremente la crítica frente a los acontecimientos y los gobernantes. El mismo criterio prevalecía en las revistas *Plural* y *Vuelta*, que se cuidaron de no depender de la publicidad gubernamental para su subsistencia y no comprometer así su libertad crítica.

En los homenajes que se rindieron al poeta con motivo del centenario de su natalicio, observé una tendencia, liderada por Enrique Krauze y a la cual no escapa Christopher Domínguez, de convertir a Octavio Paz en un liberal como si así se cerrara un círculo que comenzó en Mixcoac, a la sombra del liberalismo del abuelo, pero a la usanza del siglo XIX. Christopher Domínguez muestra muy sutilmente la doble y ambigua herencia que forjó a Octavio Paz: el abuelo liberal y el padre revolucionario, que, por ejemplo, se reflejó en las reacciones igualmente ambiguas del poeta ante el levantamiento zapatista de 1994. Si bien Octavio Paz comulgó con va-



© Miguel Ángel Merodio

rios y variados movimientos políticos a lo largo de su vida, resulta imposible encasillarlo en uno solo. “No soy el hombre de la adhesión total”, decía André Breton, y esta fórmula me parece muy adecuada para describir lo imprevisible que podía resultar Octavio Paz en sus tomas de posición. Se me antoja que hasta el final de sus días conservó en el fondo de sí, un *daimón anarca*, irreductible a cualquier manera de sumisión del espíritu.

En la presentación de la biografía de Christopher Domínguez en París, una persona del público preguntó qué habría dicho Octavio Paz frente a los acontecimientos actuales de Ayotzinapa. Más allá del peligro de hacer hablar a los muertos, podría arriesgarse que Octavio Paz, como solía hacerlo ante los actos de barbarie, habría procurado ir más allá de los gritos de indignación con el objeto de discernir causas y remedios verdaderos, ejercer la autocrítica y la crítica a un mismo tiempo.

Para terminar, quisiera confesar una reacción muy íntima mía, que me provocó la biografía de Christopher Domínguez. Sentía que, al filo de las páginas, el personaje que me había sido familiar y casi cotidiano durante la vida de la revista *Vuelta* iba agigantándose hasta cobrar la dimensión, no de una estatua de mármol —¡los dioses nos salven, a él, a mí y a todos nosotros de la eventualidad!—, sino la de un Teseo moderno en la vida espiritual y poética del siglo XX. Me asombró mi propia suerte de haberlo conocido y me sentí orgullosa por haber colaborado con él en sus empresas editoriales. ¿Qué había yo hecho para merecerlo? Lo ignoro. Octavio Paz sostenía que algunos dones que nos regala la vida no dependen de nuestros méritos: hagamos el bien o el mal, nos llegan simplemente. También considero la amistad de Christopher Domínguez como otro don que venía envuelto, secretamente, en el primero.

Christopher Domínguez Michael, *Octavio Paz en su siglo*, Aguilar, México, 2014, 650 pp.